

se declaró obligado á fray Diego de la Doza, que fué despues obispo de Palencia.

Pronto su fama se esparció por Europa; en Italia, en Francia, en Inglaterra no se hablaba mas que de su expedicion; los ignorantes lo atribuían á milagro; entre las personas doctas se efectuaba una gran revolucion (1). Las cuestiones sobre la esfericidad de la tierra, sobre la existencia de los antípodas estaban ya resueltas: la autoridad de los Santos Padres en materia de ciencia venía al suelo: el descubrimiento de Colon era el preludio del sistema que á la sazón meditaba Copérnico (2).

Era el hombre necesario entónces. Los pueblos necesitaban ir en pos de una quimera: se requiere un alimento para los espíritus ardientes é inquietos que agitan á la multitud. La expulsión de los Moros dejaba desocupada toda aquella parte de la poblacion que solo vive de agitacion, cuando el descubrimiento del nuevo mundo cayó como un rayo en medio de los hidalgos pobres y orgullosos que abundaban en España. La imaginacion vuela; caballeros, frailes, especuladores surgen por todas partes al oír los brillantes relatos del almirante, deseosos unos de conquistar reinos con las armas, otros de renovar la santa mision de los apóstoles entre los idólatras, todos, en fin, de recoger aquel oro que los salvajes despreciaban. No ha habido expedicion mas popular que el segundo viaje que se estaba preparando (setiembre): se consideraba una honra formar parte de ella: diez y siete buques de varios tamaños se prepararon en un abrir y cerrar de ojos á hacerse á la vela en la rada de Cádiz; mas de mil ochocientos hombres se habian amontonado entre los animales y las plantas que se creían indispensables á la colonia. Los empleados del gobierno tenian orden de no negar nada á Colon de cuanto pidiera; pero, en el ardor de que se sentia inflamado, tuvo que chocar mas de una vez con el monje Juan Rodrigo de Fonseca, cuyo odio influyó de una manera funesta en lo restante de su vida.

Aquí empieza la carrera administrativa de Colon. El manejo de los negocios públicos es el escollo de las personas doctas y que se distinguen por algun talento especial. Lo que me resta que referir de la vida de Colon es un largo tejido de errores; su ardiente imaginacion le hace excederse; pero será tambien un curioso espectáculo ver cómo se extravió tan vasta inteligencia. No escribo su elogio; procuro únicamente pintarle tal como su gran figura aparece en medio de su siglo.

Era en efecto un rico y fértil país la isla adonde conducía á los Españoles; los rios arras-

(1) Pedro Mártir escribió á su amigo Pomponio Leto: « Præ lætitiâ prolixius te, vixque à lacrymis præ gaudio temperasse quando literas adspexisti meas, quibus de antipodum orbe, latentis hæcenus, te certiorum feci, mi suavisissime Pomponi, insinuasti, etc. »

(2) Copérnico meditaba su sistema en Italia cuando Colon descubrió la América, y no lo publicó sino despues de veinte años de reflexion

traban allí arenas de oro, las montañas encerraban preciosas venas de este metal; pero allí, como en todas partes, la tierra no debía abrir sus tesoros sino á la fatiga. Ávido de nuevos descubrimientos, se habia desviado de su camino para reconocer el Archipiélago de los Caribes; y los aventureros que le acompañaban, sintieron pronto enfriarse su entusiasmo á causa de los trabajos y privaciones de una larga navegacion. Halagábale la esperanza de disfrutar otra vez las delicias de la Española, cuando, al llegar al puerto de la Natividad, encontró á sus compañeros degollados y sus vestidos en pedazos esparcidos por la orilla, pues los Indios del interior habian exterminado aquellos insolentes extranjeros que querian arrebatarlos sus bienes y sus mujeres. Antes de correr en busca de oro, debieron, pues, pensar en conquistar el terreno, edificar una ciudad y amurallarla; Qué amargo desengaño! Aquella tierra prometida no les ofrecía mas que una ribera inhospitalaria, un clima devorador y malsano que cercenaba su número, pueblos irritados que á cada instante los amenazaban con reducirlos á morir de hambre! Las provisiones se disminuían, y era preciso esperar á que madurasen las mieses. Los orgullosos nobles se indignaron al verse obligados á manejar los instrumentos del trabajo; todos los corazones clamaron contra el intrigante italiano que los habia engañado de aquella manera, los moribundos le maldecían; los que sanaban no tenian otro desecho que volver á su país, y por algun tiempo la naciente ciudad de Isabel presentó un cuadro desgarador de desórdenes y de padecimientos.

Absorto siempre en sus brillantes ilusiones, Colon no sentía el huracán de las pasiones que bramaba á sus piés, figurándose que las instituciones humanas tenian su apoyo en el Cielo; la autoridad que le habia conferido su rey le pareció incontestable, y trató de organizar su gobierno segun los principios de una sociedad que contaba largos años de existencia. La Memoria que dirigió á los soberanos al enviar á España su flota, indica sin duda grande extension de miras y vasto conocimiento de economia social, aunque con sus puntas de fanatismo; pero revela en todas sus partes al comerciante, que funda sus operaciones en un poder reconocido y sagrado, sin reflexionar en el carácter de los hombres de que se sirve:

« Diréis á Sus Altezas que desearia enviarles mas oro, pero que la mayor parte de mi gente ha caído enferma... Les diréis que por el bien de las almas de los Canibales y aun de estos indígenas, nos ha ocurrido que cuanto mas lejos de aquí los enviemos, mejor será. Viendo la necesidad que aquí hay de ganados y de acémilas para el alimento y la labor de los futuros habitantes, Sus Altezas podrian disponer que cierto número de carabelas se ocupase en traerlos anualmente, á fin de poblar los campos y sacar partido del terreno. Estos ganados se venderian baratos y se podrian

« pagar con esclavos cogidos entre sus Canibales, hombres feroces y buenos para todo. »

Hallábase en completa contradiccion con la gente que conducía; su objeto era fundar, el de esta destruir. Inflexible en sus creencias, quiso que la justicia, apoyada en los que él llamaba derechos del hombre, civilizase el Nuevo Mundo; idea que no estando en las costumbres ni en las opiniones de su siglo, no podía él por sí solo hacer triunfar. Pronto los descontentos conspiraron; tambien los Indios tramaron el exterminio de los Bárbaros que devastaban su país; sus medios de dulzura y de rigor parecieron igualmente odiosos. Á todo lo cual hay que añadir una enfermedad cruel é inaudita que afligió á los Españoles en castigo de sus excesos, de modo que la infeliz colonia parecia destinada á una próxima destruccion.

Una calma aparente sucedió á tantos males, pero no era mas que la postracion del delirio. Colon continuó sus planes de descubrimientos, y dejando el gobierno de la isla á una junta presidida por su hermano, salió el 24 de abril de 1494 con tres carabelas para reconocer la extremidad del Asia, aquel áureo Quersoneso del que insistía en creer que Cuba formaba parte. Siguió la costa meridional de la isla y llegó á Jamáica; pero este viaje, que fué para él una constante alternativa de espléndidas fantasías y de penosos desengaños, fué para sus compañeros una dura prueba de fatigas y privaciones.

Al fin estaba ya para doblar el Cabo de San Antonio y entrar en el Golfo Mejicano; Cuba no hubiera sido para él ya el continente; quizá arribara al vasto imperio de Méjico cuando, se vió obligado á retroceder, pues los buques, roídos de los gusanos, hacían agua por todos lados y los marineros estaban muertos de fatiga.

Aplicado enteramente al engrandecimiento de su futuro reino, hizo constar de una manera auténtica, por medio de un acta solemne firmada por toda la tripulacion, que Cuba era el continente (1). Volvió, pero apenas estuvo á la vista de la Española, cesó la exaltacion de espíritu que le habia sostenido hasta allí, las fuerzas le abandonaron y cayó en un letargo profundo.

Dicha suya fué encontrarse, al despertar, en brazos de su hermano Bartolomé, hombre de ánimo fuerte, lleno de inteligencia y ardimiento. El débil Diego habia dejado desprendérsele de la mano la autoridad que le estaba encomendada. Pedro Margarita, jefe militar, se habia declarado independiente de la junta, entregándose, de acuerdo con un monje que formaba parte del gobierno provisional, á los mas terribles excesos, recorriendo la isla como capitán

(1) Los sabios de entónces, apoyados en este ridículo documento, creyeron que Cuba era la extremidad del imperio del gran kan. (Muratori, Robertson.)

de bandoleros é irritando á los Indios con sus infamias. Para evitar el castigo con que los amenazaba la vuelta del almirante, se apoderaron á viva fuerza de las carabelas que estaban en el puerto, y seguidos de los criminales y de todos los descontentos, se dieron á la vela para España, esperando con la calumnia hallar excusa en la corte. El monje Fonseca, á la sazón en auge, les apoyó, y hubieran logrado su objeto sin la inesperada llegada de Diego, que traía la noticia del último viaje de su hermano, cuyas maravillosas relaciones renovaron el entusiasmo, creyéndose que habia descubierto al fin las mágicas ciudades de la costa de Asia; así Fernando se contentó con enviar un comisionado para que examinase el estado de la colonia.

En la Española las cosas se iban poniendo cada vez peor; la rebelion soplabá por todos lados; los Indios, para vengar sus ultrajes, se habian reunido; la isla entera se conmovió y decidió atacar á los extranjeros. Colon lo supo y marchó con todas sus fuerzas contra el enemigo. Doscientos Españoles derrotaron un ejército de cien mil hombres, pues tenian las ventajas de las armaduras de hierro, de las espadas, de las armas de fuego, de los caballos, cuya sola vista asustaba á los salvajes, y de perros mastines (1) enseñados á devorar á unos hombres cuya única defensa consistía en palos; además de que la opinion de que habian descendido del cielo, los rodeaba de un poder misterioso. En aquel momento aflojaron el freno á sus crueldades, y los Indios, viéndose cercados como fieras, se declararon vencidos y pidieron merced. Entónces llegó el comisionado de Castilla. Colon conoció que la autoridad se le escapaba de las manos, y resolvió volver á España para defender su causa en la corte. Dejando, pues, la direccion de los negocios de la isla á su hermano Bartolomé, se embarcó con todos los Españoles que no eran necesarios al servicio de la colonia.

Largo y penoso fué aquel viaje; pues en vez de remontar al Norte, una funesta curiosidad le determinó á dirigir el rumbo á Oriente, y tuvo que luchar dos meses contra los vientos regulares que le rechazaban de las costas de Europa. Á tal extremidad se vieron reducidos, que la tripulacion quiso arrojar al mar á todos los Indios. Llegó por último el 11 de junio de 1496; pero no era ya el Colon llevado en triunfo por la admiracion pública; el entusiasmo se habia enfriado, y así como habian divinizado su genio, exageraron tambien sus errores.

Los historiadores se diferencian poco de la muchedumbre, y pretenden que los hombres llamados por la fortuna á figurar en la escena

(1) Estos animales eran tan hábiles en la caza de los Indios que en un abrir y cerrar de ojos despedazaban un salvaje (LAS CASAS.)

política tengan algo de sobrenatural. Al ver la importancia que adquirió la América en tiempo de Carlos V, acriminaron á Fernando porque no había agotado los recursos de España para sostener á Colon. Pero, ¿qué importaba á un rey de España la gloria de un Italiano? Oro era lo que quería; con la esperanza de obtenerlo pronto, había concedido tantos honores á un extranjero desconocido; las guerras de Europa le habían empobrecido y aquel Nuevo Mundo, por el método del almirante, mas bien era un grámen que un beneficio. Como todos los hombres de su clase, Colon, ardiente y apasionado, sacrificaba las ventajas presentes al futuro esplendor de su empresa; Fernando, frío y positivo, guiado por el instinto seguro del interés, no se abandonaba sino á medida de este. El contrato formado con Colon era todo en beneficio del almirante; la corona hacía los gastos, él reportaba gloria, y quería asegurarse el reinado de toda la India, pues por un convenio posterior se libró de contribuir con su octava parte de los sacrificios pecuniarios. Y sin embargo, cuando el espíritu público se alejó de él, halló apoyo en la corte. A pesar de la calumnia, los soberanos le recibieron bien y le otorgaron nuevos favores; la reina le ofreció un marquesado, que el rehusó por temor de excitar nuevas envidias; el decreto que permitía á cualquiera intentar nuevos descubrimientos, fué anulado como ofensivo de sus privilegios. « Nuestra intencion (decían aquellos príncipes) no fué nunca ofender los derechos de Don Cristóbal Colon. »

El lenguaje de este difería mucho del que había empleado á la vuelta de su primer viaje; apelaba ahora al porvenir y á la generosidad de los príncipes. « Hace ya bastante tiempo que los reyes de Portugal empezaron la conquista de Guinea, pero hace poco que el país da fruto. » Y en medio de incesantes guerras y de proyectos de nuevas alianzas, aquellos reyes pudieron aun destinar una considerable suma para una tercera expedición. Si Colon encontró muchos obstáculos, si interminables intrigas le embarazaron á menudo, la culpa sería de algun subalterno; debiendo nosotros añadir, en honor de Castilla, que la reina Isabel le prestó siempre generoso apoyo. Véase cómo pinta su posición respecto á España: « Empezaron á hablar en términos despreciativos de la empresa, porque yo no había enviado galeones cargados de oro, sin considerar el corto tiempo. » Resolví venir en persona á echarme á los piés de Vuestras Altezas, les dí á conocer las obligaciones á que los habitantes de la isla Española estaban dispuestos á someterse, les llevé muchas muestras de oro, de especias, de maderas para tintes. Lo cual no valió para ciertas personas, etc. »

Fatándole gente con que completar la tripulación, hizo alistar malhechores á quienes, por instancias suyas, se les conmutó el patíbulo en deportación; funesto recurso, de que recogió

amargos resultados. Al fin se pusieron á su disposición los seis buques que le estaban destinados; pero, ántes de delinear la catástrofe que terminó su carrera administrativa, tal vez sea importante dar á conocer sus ideas sobre la física y la geografía, juzgándole por sus mismas palabras. Este tercer viaje, que tuvo principalmente un carácter científico, le dió ocasion de exponer una nueva doctrina.

« Partí, en nombre de la Santísima Trinidad, el 30 de mayo de 1498, de Sanlúcar. » Algunos dudosos relatos de una tierra situada al Mediodía le indujeron á aproximarse al Ecuador. Despues de encaminar á tres de sus buques hácia la Española, cayó en las regiones de las calmas, al encuentro de los dos vientos aliseos. « Allí, dice, experimenté un calor tan sofocante, y los rayos del sol eran tan ardientes, que creí morir. » Impelido al Occidente hasta las bocas del Orinoco, descubrió el litoral del Para, y en todo el viaje padeció crueles dolores, colocándole la gota al borde del sepulcro. « Aun que en el precedente viaje, cuando descubrí la tierra firme, pasé treinta y tres dias sin cerrar los párpados, nunca los ojos me habían dolido tanto. » Obligado por estos males á entrar en sí, reunió todas sus Memorias, y buscó la interpretación de los fenómenos que le habían sorprendido.

En el canal que separa á la isla de Trinidad del continente, halló que el agua se movía de Levante á Poniente con gran violencia, y creyó que no podría retroceder, á causa de las corrientes, ni seguir adelante por los bajos fondos. Ya muy entrada la noche, sintió un ruido terrible, y vió que el mar se elevaba de Poniente á Levante, formando como una colina, tan alta como el buque, la cual se acercó poco á poco á este, pero pasó sin hacerle daño, y llegando á la embocadura del canal, se detuvo allí largo tiempo.

Explica este fenómeno, que los Indios llamaban *pororoca*, del siguiente modo: « Conjeturé, dice, que las corrientes y aquellos montones de agua que salían y entraban en los canales con tan terrible ruido, provenían del choque del agua dulce con la salada, oponiéndose esta á la salida de aquella. Pues encontrárame sobre una líquida colina, advertí que el agua de la parte interior era dulce y la de la exterior salada. » Hoy que se conoce perfectamente este fenómeno, no sabemos dar de él una explicación mas adecuada (1).

Continúa diciendo que el mundo no es tan grande como el vulgo pretende; que un grado del Ecuador no es mas que de catorce leguas (2); que observó al Poniente de las Azores, en un cambio en el cielo y las estrellas, en la temperatura y en las aguas del mar; que á cien leguas de aquellas islas se encontró con que la

(1) LA CONDAMINE, Mem. de la Academia de Ciencias. MALTEBRUN.

(2) Consecuencia de creerse erróneamente en la India.

brújula declinaba una cuarta de viento entera (12 grados); que el mar allí es denso y está cubierto de yerbas; que los vientos, aunque soplan con fuerza, no lo levantan; que en el paralelo de Sierra Leona la estrella polar describía un círculo de cinco grados de diámetro (1); que á pesar de haber leído constantemente que el mundo era esférico, las irregularidades notadas en sus viajes le habían hecho formar de la tierra distinta idea; y que en vez de ser redonda, como querían suponer, debía tener la figura de una pera, esto es, redonda por todos lados, excepto en la parte mas próxima al cielo, situada bajo la línea y en aquel Océano, á la extremidad del Oriente, donde se encuentran todas las tierras y todas las islas.

« Pasando, añade, al Occidente de las Azores, los buques se elevan lentamente hácia el polo, gozándose allí de una dulce temperatura; la aguja, por lo mismo, declina una cuarta de viento, y cuanto mas se adelanta, mas se sube y mas se inclina la aguja al Noroeste. Mi opinión está demostrada hasta la evidencia, porque en la costa de Guinea he visto naciones negras y una tierra calcinada, mientras que bajo la misma latitud, pasado el radio de que hablo, en la Trinidad, la temperatura es agradable, los árboles verdes, los habitantes de buena estatura. Esto proviene de ser aquel el país mas elevado del mundo, y de no ser esférica la tierra. Además, la Sagrada Escritura dice, que en el paraíso terrenal hay una fuente, origen de los cuatro principales rios. Admito que el paraíso se halla situado en la parte jibosa de la pera, y que la masa de agua dulce que encontré pueda provenir de allí. » Á los lectores sensatos recomiendo este pasaje.

Volvió de nuevo á la Española, pero extenuado y casi moribundo, y en vez de hallar en ella el reposo que tanto necesitaba, tuvo que luchar vigorosamente con nuevos desastres. La isla estaba en completa anarquía; el delito y la rebelion dominaban; la gente de mal vivir que le había acompañado, se negaba á reconocer ninguna autoridad legítima, y repartiéndose en bandos, á las órdenes de un jefe de su elección, cometían donde quiera los mas horribles excesos.

Pero cuando todo se conjuraba para oprimirle, le sirvió de apoyo su viva fe en la Proidencia. « Próximo á dejar la vida, el Señor me consoló milagrosamente, y me dijo: Cobra aliento, no te abandones á la tristeza y al temor, que yo proveeré á todo. » Vióse obligado á tratar con los revoltosos, y á reconocer los poderes creados por la rebelion; remitió al porvenir el cuidado de hacer triunfar la justicia, y contó con la prudencia del rey de España para castigar á los sublevados. Pero Fer-

(1) Otro error. La refracción es muy considerable cerca del horizonte, y él no la sabía apreciar.

nando estaba asediado por la calumnia, y las reclamaciones de Colon no llegaban hasta él; se trató de disminuir la admiracion que excitaba; todos los intrigantes, cuya rapacidad no se había satisfecho, le acusaban de barbarie, de dilapidacion; muchos de aquellos miserables fueron hasta el pié de las paredes del palacio á llenar de imprecaciones á los hijos del almirante, colocados entre los pajes de la reina: « Esos son, esos gritaban, los hijos del traidor villano que descubrió la tierra de engaño y vanidad, para que se convierta en sepulcro de toda Castilla. »

La malevolencia lo envenenó todo; Fonseca irritó al desconfiado Fernando con pérdidas insinuaciones; y el mismo Colon se enajenó el alma sensible de Isabel, haciendo pesar sobre sus Indios la miseria de una cruel esclavitud. « ¿Con qué derecho dispone el almirante de mis vasallos? » dijo con dolor, y firmó la ruina del hombre que había excitado en ella el mas vivo entusiasmo.

Envióse á Bobadilla para que examinase el estado de la colonia, encargándole que castigase á los culpados y destituyese al mismo almirante si encontraba que él tambien lo era. Bobadilla tenía interés en que Colon apareciese reo, y así lo vió. Prevenido por algunos intrigantes que, apénas llegó, le rodearon, declaró destituidos al almirante y á sus hermanos, y sin verlos ni oírlos, los mandó prender y cargar de cadenas. « El nuevo comandante, escribió Cristóbal á la nodriza del príncipe Juan, se ha situado en mi casa, apropiándose como mismo estaba, y con cuanto tenía dentro; no ha habido pirata que hiciese mas. » La calla de que estaba lleno Santo Domingo, acudió á insultarle bajo la ventana de su prisión, y llegaron hasta él sus atroces imprecaciones. El indigno trato que le daban, le indujo á creer que estaba destinado á una muerte ignominiosa. Así, cuando Alonso de Vिलlezo, capitán del buque que debía conducirle á España, entró en la cárcel, se figuró venía para llevarle al patíbulo. « Vилlezo (le preguntó tristemente), ¿á dónde me conducís? »

— Al buque en que debemos darnos á la vela, Excmo. Señor. »

— ¡Darnos á la vela! (repitió vivamente el almirante) Vилlezo. ¿habláis formalmente? »

— Lo mas formalmente del mundo, os lo juro, Excmo. Señor. »

A estas palabras, el almirante respiró. Vилlezo le trató siempre con el respeto debido á los grandes infortunios; quiso quitarle los grillos, pero el grande hombre se opuso, diciendo: « No, Sus Majestades me han escrito que me someta á lo que Bobadilla me ordene en su nombre; en su nombre me ha puesto los grillos, y los llevaré hasta que manden quitármelos, y despues los consideraré como un monumento de la recompensa concedida á mis servicios. » Y así lo cumplió, y su hijo Fernando dice con tal motivo: « Yo los he visto colgados en su gabinete,

y dispuso que, á su muerte, se encerrasen con él en el ataud. »

Por un extraño encadenamiento de desgracias, cuando todas las pasiones malévolas se ponían de acuerdo para privarle de las riquezas y de los honores, con tanto trabajo adquiridos, un mercader florentino le robaba también su mayor título de gloria á los ojos de la posteridad. Américo Vespucio, piloto de Alonso de Ojeda, sellaba con su nombre el descubrimiento de las Indias Occidentales.

El pueblo se guía más por sentimiento que por reflexión, y el espectáculo de una gran desgracia le conmueve profundamente. Cuando se esparció de ciudad en ciudad que Colón volvía á España, cargado de cadenas por aquellos mismos á quienes había regalado un mundo, la multitud murmuró contra la ingratitud de los reyes; los amigos del grande hombre acudieron, y Fernando é Isabel, arrastrados por la opinión pública, desaprobaron lo que Bobadilla había hecho, dieron una honrosa acogida al preso, y enviaron inmediatamente una persona de confianza para juzgar las turbulencias de la colonia. ¿Qué más podía hacer el reconocimiento de un soberano? Dios no ha concedido á los reyes una luz sobrenatural para apreciar el mérito de los hombres, y la mentira los rodea. Colón había ofrecido tesoros, y cada expedición era un nuevo gravamen; así se le entretuvo dos años con magníficas promesas, pero sin devolverle sus honores. Otros mil aventureros que se lanzaban en pos de él, proporcionaban al Estado inmensas riquezas. ¿Qué peso puede tener la justicia, puesta en la balanza con el oro?

Hay ciertos hombres que permanecen siempre fuera de las realidades de la vida. Colón, viendo irse de entre las manos el vireinato de la India, meditó libertar el Santo Sepulcro. El espíritu que había animado las Cruzadas, se dejaba aun sentir en España. Apasionado por la lectura de los profetas, su imaginación se exaltó al meditarlos; creyó que el Espíritu Santo le llamaba á realizar aquella empresa, y compuso un tomo de poesías sagradas para excitar el celo religioso de los Reyes Católicos. En los fragmentos que nos quedan, no he hallado nada que revele su carácter particular; son, sí, una paráfrasis de los autores sagrados, versificada por un entendimiento devoto.

Divulgóse entonces en España que Vasco de Gama había encontrado también el camino de la India por el Cabo de Buena Esperanza, y no se hablaba más que de las riquezas de que Lisboa iba á verse llena con tal descubrimiento. Fernando tuvo envidia, y el entendimiento de Colón volvió á seguir su primer rumbo. Creyó que cumplía á su honor anticiparse á los Portugueses en aquella India, objeto de los ardientes deseos de la corte, y propuso un nuevo viaje en que abriría, al través de las islas y de los continentes ya descubiertos, un camino para ir á Calcuta, á orillas del Ganges. Hubo

que luchar de nuevo con las prevenciones de Fernando; é Isabel destruyó todas las dificultades. El 11 de mayo de 1502 salió de Cádiz con cuatro carabelas. « ¡Ahora sí que daré la vuelta al mundo! » exclamó, al dejar por cuarta vez las playas de España. Pero la fortuna reservaba esta gloria á Magallanes; y el destino, que había acibarado tanto su vida, quería, antes que bajase á la tumba el ilustre anciano, herirle aun con crueles golpes. Su último viaje no es más que una serie de desastres; uniéronse los males físicos y los disgustos para consumirle; pero el almirante parecía rejuvenecer en la desgracia, y nunca le encontramos tan grande como cuando lucha cuerpo á cuerpo con la adversidad. La relación que dirigió á los Reyes Católicos el 7 de julio de 1503 es un trozo sublime de tierna melancolía y de noble resignación; se diría que quiso depositar allí todos los dolores de que estaba inundada su alma (1).

De Cádiz pasó á Canarias y luego á la Dominica. Cuando llegó á la Española, pidió por favor un buque, pagándolo al cantado, pues una de sus carabelas no estaba ya en posición de navegar. Le prohibieron bajar á tierra, no obstante la violencia del huracán que sopló aquella noche. « El mismo Job, exclama, hubiera muerto de desesperación al ver que, aun tratándose de mi salvación, de la de mi hijo, de la de mi hermano, de la de mis amigos, me vedaban la tierra y los puertos descubiertos á costa de mi sangre. »

Navegó hácia tierra firme: la tempestad siguió por espacio de sesenta días, y la tripulación había llegado al colmo de la aflicción. El almirante cayó enfermo, y estuvo á las puertas de la muerte. En la costa de Veraguas se abrió su herida, y durante ocho días se desesperó de salvarle. El viento (dice) me retenía en aquel mar que parecía de sangre, y hervía como una caldera expuesta á un gran fuego. Nunca había visto cielo más terrible; un día y una noche apareció á mis ojos como un inmenso horno ardiendo, y lanzaba tales y tantos rayos, que todos creían segura la pérdida de los buques. « Es imposible pintar más fielmente un temporal bajo los trópicos.

En aquella costa, que él tomaba por el Quersoneso áureo, había fundado un establecimiento para el laboreo de sus ricas minas; pero los Indios lo incendiaron, y mezclaron con sus cenizas las de muchos Españoles. Innumerables hordas lanzaban contra el almirante y los suyos gritos de muerte; era preciso huir, y entretanto el mar batía la costa con sus espumosas montañas, y el viento rugía tormentoso. Colón llamó en su auxilio con lastimera voz los cuatro vientos, pero inútilmente. Durmióse al fin, oprimido por las fatigas, y le pareció oír una voz que le decía: « Insensato, hombre de poca fe en tu

(1) Véase la Aclaración cG. libro XIV de nuestra Narración.

Dios, en el Dios de todos los hombres, ¿qué no ha hecho por ti tu Criador? No temas; confía en él. Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin motivo. »

El interés que inspira la pasión del ilustre anciano, preocupa vivamente nuestro espíritu, y el trozo á que aludimos, escrito en el estilo de San Juan Crisóstomo, nos parece superior á cuanto hay de más admirado en los Santos Padres. En él está la vida entera de Colón, en él el secreto de toda su gloria. ¿Cuándo ha resonado al oído de los reyes voz más elocuente para acusarlos de ingratitud? Aquella alma ardiente no podía exhalar sus dolores sino en poéticos suspiros.

Por último, abandonó aquella costa funesta para volver á Europa. Partió con solo dos buques que se hallaban en el peor estado, sin provisiones, y teniendo ante sí dos mil leguas de mar. « El cacique de Veraguas (dice, dirigiendo una mirada profética al país que había descubierto) poseía mucho oro, pero no creí conveniente robárselo. Creo más importantes el comercio de este país y sus minas que cuanto se ha hecho en la India; pero no debe fiarse á una madrastra tal hijo. No pienso sin llorar en la isla Española y en Para... Aunque no mueren, agonizan, y la enfermedad es incurable. »

Resumiendo sus servicios y la recompensa obtenida, dice á los Reyes Católicos que las tierras que les obedecen son más extensas y más ricas que las de toda la Cristiandad juntas, y que después de haberlas sometido á su dominio, cuando esperaba buques para ir á anunciar á Sus Altezas aquellas conquistas, fué preso en unión de sus dos hermanos, cargado de cadenas y despojado, maltratado, sin oírsele.

Dentro de poco los buques no pudieron ya flotar, de modo que tuvo que desembarcar en Jamaica, desde donde escribió una tierna carta, cuyo final desgarró el corazón: « Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando entré al servicio de vuestras Altezas, y hoy no tengo un cabello en la cabeza que no esté blanco. Me hallo enfermo, he gastado cuanto me quedaba, y tanto á mí como á mis hermanos nos han quitado y vendido hasta el jubón. Aislado en mis padecimientos, enfermo, esperando todos los días la muerte, rodeado de un millón de salvajes crueles, nuestros enemigos, todo el que tiene entrañas caritativas, todo el que ama la verdad y la justicia, me compadece! »

La heroica amistad de uno de sus compañeros, Diego Méndez, se encargó de enviar esta carta á España. Méndez, que en todo aquel viaje había salvado muchas veces á los Españoles con actos de inaudito valor, intentó atravesar, en una piragua, un estrecho de cuarenta leguas, á pesar de los vientos y de las corrientes (1), y llegó á la Española, después de haber

(1) Entre Jamaica y Cuba soplan casi siempre los vientos de Levante.

visto morir de hambre y de fatiga á varios de los Indios que le acompañaban. Sin este sublime sacrificio, quizá la Europa ignorase las últimas desgracias de Colón.

Pero aun no había apurado el cáliz de la ingratitud humana. Aquel puñado de Españoles, perdidos en el confin del mundo, abandonados á discreción de pueblos salvajes que podían matarlos de hambre, no debía la vida sino al divino influjo que su jefe ejercía sobre los naturales; solo la unión podía protegerlos; y sin embargo, un frenesí de rebelión se esperce por sus filas; algunos furiosos quieren degollar á aquel anciano, obligado á guardar cama por el disgusto y por los crueles padecimientos, y si se libra del puñal asesino, lo debe á la fidelidad de algunos valientes servidores. La banda de rebeldes recorrió la isla, y los Indios, irritados con sus atrocidades, se negaron á suministrar víveres; de modo que á los Españoles no les quedaban sino unos cuantos días que vivir.

En tal apuro, Colón convocó á todos los caciques de la isla, y les pidió víveres. Pero ellos prorumpieron en quejas: « ¿Viveres? ¿y qué recompensa dáis á nuestra hospitalidad? » Muchos de ellos mostraban los miembros mutilados y las manos cortadas por los feroces compañeros del almirante. « Pues bien (exclamó Colón), el Dios á quien sirvo me vengará, y empezando desde esta noche, la luna os negará su luz. » Sabía que aquel día debía haber un eclipse. Los Indios, al ver aquella sombra que se adelantaba lentamente hasta cubrir el disco del astro nocturno, corren asustados á los buques, y suplican á Colón que aplaque la cólera de su Dios. Él aparenta ablandarse, se encierra un momento en su habitación, y cuando vió que la luna iba á salir del cono de sombra proyectado por la tierra, se presentó de nuevo, y les aseguró que había aplacado á la Divinidad.

Gracias á este artificio, los Españoles que se mantuvieron fieles tuvieron víveres en abundancia; pero los revoltosos, reducidos al último apuro, acudieron resueltos á matar á Colón y á su hermano Bartolomé, para robar las municiones que quedaban á bordo. Fué preciso venir á las manos; los Indios vieron con espanto el terrible y sangriento choque de aquellos blancos que creían bajados del cielo: la fortuna, fiel aun al grande hombre, le dió la victoria, y logrando prender y ahrojar á los rebeldes más obstinados, reservó su castigo á la justicia del rey (1).

Por honor de la especie humana, quisiéramos pasar en silencio el comportamiento infame del gobernador de la Española, quien, sabedor por Méndez de la triste situación de sus compatriotas, los dejó nueve meses en la más cruel extremidad, y solo se decidió á socorrerlos

(1) Historia del Almirante ya citada.